

#### CAPITULO IV.

La gaceta viviente.

—¿Ya sabe vd. lo que ha sucedido, querida y antigua vecina?

Dijo entrando en casa de Elisa, la en un tiempo mercachifle Doña Anita, y portera ahora de la casa contigua á la de la esposa de Diego.

—No, Doña Anita; nada sé; hace poco que llegué de la casa de dementes, y no he tenido tiempo de ocuparme de otra cosa que de dar de cenar á mis pobres criaturas que se acaban de acostar.

—Pues ha sucedido una cosa la mas atroz, mi alma.

—¿Cuál?

—¿Se acuerda vd. del señor D. Felipe Flan, aquel rico comerciante tan bondadoso con todo el mundo?

—Sí señora.

—Pues fué asesinado anoche en su cama.

—¿Dios mio!

—¿Y sabe vd. por quién?

—¿Cómo quiere vd. que adivine?

—Asómbrese vd., mi alma: ¡vamos, si lo que no se ve en estos tiempos! Por nuestro antiguo vecinito Félix.

—¿Por su dependiente!

—Sí, mi alma, por su dependiente. ¡Vamos, si eso horroriza! ¡Oh! si la desmoralizacion ha cundido por todas las clases. Pero no hay cuidado; pronto pagará su delito, pues ya está á buen recaudo y en poder de la justicia.

—Pero eso no puede ser.

—Lo mismo me resistia yo á creerlo, pues como soy una señora, no comprendo cómo se pueda cometer una mala accion; pero á pesar de esto, es una verdad lo que digo.

—¿Está vd. cierta?

—Ya ve vd. que á no estarlo, me guardaría bien de aventurar una noticia tan terrible, pues ya sabe vd. que soy toda una señora y....

—¡Dios mio!

—Figúrese vd. que me lo ha contado mi inofensiva amiga Doña Crucecita; ya sabe vd., la esposa de aquel cesante que vivía junto á mi cuarto. No sé si sabrá vd. que el infeliz perdió el juicio y que está ahora en la casa de locos. ¡Pobre Crucecita! Si vd. la viera, está que da compasion. Ya se ve, por mas vueltas que da á la comisaría, como el gobierno no paga.... Me acuerdo que ella era la primera que defendía á ese D. Félix que hoy está acusado del mayor de los crímenes.

—¡Oh! ¡me parece imposible! Un jóven tan bueno y moderado que se captaba el aprecio de cuantos le trataban.

—Pues ahí verá vd.... Pura hipocresía, mi alma: pura hipocresía, y nada mas; como que esta es la escuela del siglo que cruzamos, como se dice ahora, de la *filantropía* que antes llamábamos caridad, y que ya no

existe desde que le mudaron nombre; porque eso sí, mi alma, los hombres de ahora no son ni cristianos, ni judíos, ni mahometanos, ni protestantes, ni nada; pero para bautizar cosas viejas con nombres nuevos y retumbantes que, por lo mismo que son huecos carecen de sustancia, se desviven y se pintan solos: si hoy pide vd. un ramillete, no hay quien le entienda, porque hasta los indios le llaman á la francesa, *bouquet* (1). En mis tiempos, mi alma, no habia tanta paja ni tanta bambolla, pero habia mas grano. No se decantaba á todas horas *garantías individuales*; pero el hombre de bien se acostaba tranquilo, sin temor de que le fuesen á sacar á media noche de su cama: no se repetía hasta el fastidio la palabra *libertad* y *derechos del pueblo*, y sin embargo, el ciudadano no era llevado de leva á un cuartel, amarrado como un facineroso y apaleado como una béstia; no se hablaba de *ilustracion*, pero todo el mundo sabia cumplir con sus deberes; los caminos estaban seguros y bien cuidados; se temia á Dios y se

(1) Pronúnciese buqué.

amaba al prójimo, ó al menos no se le despojaba de lo que era suyo: no se presentaban en cada reunion política y en cada fiesta cívica los retratos de los que habian trabajado por la independencía, ni habia mil oradoreillos que preconizasen sus hazañas; pero se les pagaba á sus infelices viudas con religiosidad, y no se las despreciaba, ni se las dejaba morir de hambre ni andar pidiendo limosna como veo á muchas de mis amigas. ¡Ay tiempos de mi señor Iturbide!

Y Doña Anita exhaló un prolongado suspiro, arrancado por los recuerdos de una época en que hacia gala de haber llamado la atencion por sus atractivos personales.

Elisa, preocupada con la fatal noticia que acababa de oír, no puso cuidado á las estériles declamaciones de su interlocutora, y exclamó dominada por su profundo sentimiento.

—¡Don Félix asesino.... el primo de la hermosa Soledad!

—Tiene vd. razon de admirarse, mi alma: si á mí misma me parece mentira.

—Pero ¿qué motivo ha podido existir para ese asesinato?

—Pregunte vd. *quién es ella*, y acertará.

—¡Cómo! ¿Una mujer es acaso la causa?

—No hay delito sin mujer, ni sermón sin San Agustín. Por supuesto, mi alma, que esto nadie me lo ha contado; pero conjeturo.... Porque, en fin, ¿con qué objeto se llevó el señor Flan á su casa á esa jóven? ¿Nada mas que por verla feliz? ¿filantrópica y desinteresadamente? ¡Ay, mi alma! ya no hay ni quien dé los buenos dias, sin ver la utilidad que le puede dejar el saludo. Esto no es decir que Soledad.... Dios me libre de que tratase de quitarle el crédito, pues ya sabe vd. que soy toda una señora, pero...

—No, Doña Anita; no es bueno juzgar del mundo tan desventajosamente: aun hay personas honradas en él que son modelo de caridad y de virtud. Además de que aun cuando D. Félix hubiera visto en Flan inclinacion hácia la jóven, lejos de disgustarse, debia darse el parabien, porque así se podia enlazar su prima con un hombre que labrase su felicidad.

—¡Prima.... primal—dijo con aire incrédulo y malicioso Doña Anita.—¡Y si era algo mas que prima?

—¿Qué quiere vd. decir?

—¡Ay, mi alma! ¡está el mundo tan corrompido en nuestros dias....! Yo no quiero que se crea que trato de quitar el crédito á nadie, porque al fin soy una señora; pero ¿quiere vd. que le diga lo que yo pienso. Pues yo no creo que hay ni ha habido nunca tal *primazgo*: que ese título no ha sido mas que un pretexto para vivir juntos y cubrir, como decia mi difunto Mamerto, que en paz descansa, cualquier *lapsus lingue*.... En fin, mi alma, yo pienso que el tal D. Félix, zeloso acaso, y no pudiendo soportar con calma los obsequios hechos á su amada, no ha encontrado otro medio mas eficaz de librarse de su rival que asesinandole.

—Pero esa no es mas que una suposicion.

—Si cuando éramos vecinas en la calle de Tacuba, hubiese tenido el gusto de tratar á vd., la hubiera hecho observar cosas que..... Pero como la fortuna de tratar á vd. desde hace poco, la debí á la casualidad

de encontrarnos en casa de la digna preceptora Amalia, á quien visito por haberla hospedado en mi pobre cuarto la noche que llegó á México....

—Es verdad.

—Pero mi amiga Doña Crucecita, y yo que, sin pretenderlo, veíamos todo lo que pasaba en la vecindad, tuvimos proporecion de hacer observaciones muy poco favorables para ella y para él.

—Muchas veces las apariencias están muy lejos de la realidad.

—¡Apariencias! No sea vd. cándida, mi alma.

—¡Don Félix asesinar por zelos á D. Felipe!

—Seria capaz de jurarlo.

—Le digo á vd., Doña Anita, que eso es imposible.

—Así tuviera yo tan segura la paga en tesorería.

—Bien, será así; pero le suplicó á vd. que no hablemos mas de este asunto, porque me afecta en extremo: debí á Soledad atenciones y favores muy distinguidos, y no

quisiera que se me obligase á escuchar acusaciones que me molestarían, por lo mismo que iban dirigidas á ella.

Doña Anita se sintió herida con aquella advertencia; pero disimuló su disgusto.

—Perdone vd., mi alma:—dijo acariciando con su arrugada mano la suave y redonda de Elisa.—No creí que se ofendiese vd. de una opinion inocente, vertida sin malicia, como cumple á toda una señora como yo.

—No es que me haya ofendido, sino que no juzgo consecuente de mi parte, escuchar nada contra su reputacion, por veraces que sean las palabras de vd., porque podria creerse que sentia satisfaccion en oirlas, cosa que no me honraria mucho, cuando, como le he dicho á vd. antes, le debo muchos y muy distinguidos favores que quisiera hallarme en estado de pagarle en este instante.

—Tiene vd. razon, mi alma: ya no me acordaba en efecto, de esa circunstancia, porque á haberla tenido presente, soy todita una señora, y jamás me hubiera per-

mitido ninguna observacion contra su honra, por inocente que fuese mi intencion.

—Lo creo así, Doña Anita. ¿Y sabe vd. por ventura lo que ha sido de Soledad?

—Lo ignoro. Solo sé que el gobierno, como que D. Felipe murió sin testar y sin herederos forzosos, ha entrado en posesion de todos sus bienes; que la jóven se vió precisada á salir de la casa, y que el señor Flan tan rico y tan espléndido, fué enterrado hoy sin pompa y sin lujo, como el mas infeliz del pueblo.

—¡Oh Dios mio, Dios mio! ¡qué será de la pobre Soledad!

—¡Vea vd. lo que son los caprichos de la fortuna!

—¿Y no sabe vd. á dónde se ha ido?

—Lo ignoro.

—¡Oh, pobre amiga mia! Si al menos hubiera venido á verme, habria podido dividir con ella mi pobre casa y mi escasa comida!

—Veo que es vd. muy desgraciada con sus amigas.

—Demasiado.

—Pero sobre todo, á quien mas debe vd. sentir es á la bondadosa Clotilde que, desde el dia en que debió unirse á Duval, se encuentra gravemente enferma.

—¿Cómo! — exclamó Elisa palideciendo súbitamente:—¿Está mala Clotilde?

—¿Lo ignoraba vd?

—Nadie me habia dicho una palabra.

—Pues siento haber sido la primera que haya venido á darle tan desagradable nueva.

—¿Y cuál es su enfermedad?

Preguntó Elisa con la mayor ansiedad.

—Una afeccion violenta de pecho que pone con frecuencia en peligro su vida.

—¿Dios mio!

—Dicen que padeció mucho la pobre desde que se acercó al altar para unirse al hombre que aborrecia, y renunciar al que idolatra con toda su alma; que las palabras del sacerdote las escuchó pálida y temblando; que no pudo pronunciar el sí que con impaciencia esperaba Duval, por que la consideracion del sacrificio que iba á hacer, anudó la voz en su garganta; que

en aquel momento se presentó, como brotado de la tierra, un jóven con un cuaderno que puso en manos del señor Landeta, pidiendo que se suspendiese la ceremonia; que al acceder á su peticion, el exceso del placer y de la sorpresa causaron una impresion tan viva y profunda en Clotilde que perdió el sentido; que alarmados con aquel repentino accidente la condujeron á su lecho, y que desde entonces está sobresaltada, triste, abatida y sin fuerzas para salir de su alcoba.

Elisa habia escuchado aquella relacion con una ansiedad sin límites: cada una de las palabras de su interlocutora, habia sido un dardo agudo que clababan en su corazon; amaba á Clotilde como á ninguna otra mujer del mundo; le era deudora del bien mayor que existe para una madre, del generoso donativo señalado á sus tiernas y queridas hijas para que de nada careciesen; la veía padecer el mas terrible de los males para una alma pura y sensitiva, el amor contrariado; su imaginacion la presentaba melancólica, llorosa, pálida y sin consuelo,

conducida en alas del dolor y del sentimiento hácia el pavoroso vacío de una tumba, y este pensamiento le hizo estremecer de horror.

¿Qué iba á ser de ella y de sus hijas sin el celestial apoyo de aquel ángel que iba á abandonar la tierra?

Sola, sin recursos, mirando padecer á su infeliz esposo la mas terrible de las enfermedades, y sin esperanza de alivio, la locura, no veía en el horizonte de su porvenir sino amargura, miseria y llanto.

Pero no era el sórdido interes de su bienestar y el de sus lindas criaturas el móvil de su desconsuelo: sentimiento mas noble, mas desinteresado, mas digno, era el que conmovia su corazon.

Aquella alma noble no estaba sujeta á esas pequeñeces y miserias del interes material, que son el patrimonio de los pechos mezquinos y egoistas.

Mas altos, mas tiernos, mas sublimes eran los sentimientos que alentaba.

Su profundo dolor reconocia por causa única el cariño desinteresado, la tierna

amistad, el interes espiritual, dulce, intenso, inextinguible que nos identifica con la persona amada, cuyos padecimientos nos afectan hasta el grado de olvidar los nuestros para sentir los agenos exclusivamente y compadecerlos.

Clotilde absorvia de tal manera el pensamiento de Elisa, que se olvidó en aquel instante de la desgraciada Soledad, de la muerte de Flan y de la prision de Félix, para no distraerse del objeto de atraccion en que giraban todas sus ideas.

—¿Y no sabe vd. qué médico le cura?

Preguntó con avidez Elisa.

—El de la casa: el doctor Willey.

—¡Willey!—exclamó conmovida la esposa de Diego.—¡El amigo de Duval!

Doña Anita interpretó aquel asombro, siniestra y maliciosamente.

Se acordó de que habia visto entrar de noche al doctor en casa de aquella mujer, y tradujo por *recuerdo amoroso y criminal*, lo que no era otra cosa que horror al nombre que acababa de escuchar.

Sin embargo, ocultando su refinada ma-

licia y fingiendo un candor beatífico, preguntó:

—¿Le conoce vd. por ventura?—Y clavó sus malignos ojos en su interlocutora, con objeto de sorprender cualquier gesto que pudiese denunciar alguna falta.

—Sí; es muy amigo de mi esposo.

—¡Ah! de su esposo de vd., ¿eh?

—El le asistió cuando estuvo herido, y próximo á la muerte.

—Y vd. le querrá mucho.—Dijo la mercachifle sin despegar la vista del rostro de su interlocutora.

—¡Yo! ¿y por qué?

—Por.... por gratitud.... ¡Oh! es un médico muy acertado. No tiene mas que un defecto.

—¿Cuál?

—Que se enamora de cuantas buenas mozas ve, y que entrega su corazón á la última que visita, olvidándose de las anteriores. No será, pues, extraño, que á la vez que cura á la enferma, se enferme él del corazón.

Y Doña Anita clavó de nuevo sus pequeños ojos en el semblante de Elisa, para leer

el efecto que producian aquellas palabras con que procuraba despertar sus celos.

Pero la esposa de D. Diego estaba muy lejos de abrigar el bastardo sentimiento que se figuraba, y contestó con imponente dignidad.

—Clotilde comprende perfectamente sus deberes, está dotada de exquisito gusto, de capacidad y de virtud, y no podrá corresponder sino á un hombre digno de ella, á Leopoldo, al hombre que ama.

—Es verdad;—contestó desconcertada la mercachifle ante la fisonomía noble y la autoridad que da el aspecto de la virtud.—Ademas, por buen médico que sea, yo no creo que las medicinas dispuestas para aliviar los males físicos, ejerzan influencia ninguna sobre los afectos del alma. Me parece que para esa jóven, no hay otro remedio para volverle la salud, que la union con Leopoldo. ¿No le parece á vd. lo mismo, mi alma?

—Sí, Doña Anita.

—Pero dicen que eso no puede ser hasta que no se aclare la verdad sobre algunos



hechos que contiene el manuscrito entregado al señor Landeta; y esa aclaracion, en mi concepto, no se conseguirá hacer mientras permanezca Duval al lado de D. Emilio.

—¡Oh! su salud, su salud es la que deseo.

—Hay enfermedades que no las curan los médicos. Prueba de ello es esa interesante jóven que gime encerrada en los altos de mi casa, y cuya ventana se ve desde aquí.

—Tiene vd. razon.

Contestó maquinalmente Elisa, sin apartar su pensamiento de su querida Clotilde.

—¡Pobre niña! tan jóven, y loca ya por amor. Y digo jóven, porque vdes. me han dicho que lo es; pues yo, á pesar de que soy la portera, no he tenido el gusto de verla todavía, por mas que he hecho para conseguir que me dejen entrar en su cuarto. ¡Ya se ve! estas extrangeras tienen unas ideas tan raras.... Así es que no la conozco mas que por las señas que vd. y Amalia me han dado de ella.

—¡Cosa extraña!

Dijo Elisa al ver que la mercachifle es

peraba alguna contestacion; pero sin atender á lo que le decia.

—Pues si la agreste madre no permite que nadie entre á verla. ¡Pobre jóven! ¡Cuántos cerebros ha trastornado el amor! ¡Y sabe vd., mi alma, por qué perdió el juicio? Por un capitán de húsares, segun me ha contado la extrangera; y como cada persona que ve, se le antoja que es un capitán de húsares, de ahí que la mamá, para ver si se le quita esa idea, cuida de que nadie entre á verla, ni mujeres ni hombres. Así es que al único que he visto entrar, y eso alguna vez que otra, es al doctor Willey, á quien por ser extrangero, le han llamado para curarla; pero ¡ya baja! Apesar de todo su saber y de todo su extrangerismo, la muchacha está cada dia peor, segun me dice la extrangera, y sabe Dios si al fin tendrá que llevarla á la calle de la Canoa, donde está la casa de locas.

—Sí....

Contestó maquinalmente Elisa sin haber fijado la atencion en las palabras de Doña Anita, y precisada á decir algo al ver que

su interlocutora esperaba que le contasen.

—¡Pobre jóven!—Exclamó Doña Anita.—Tengo vehementes deseos de hablarla; pero ¡imposible! no he podido ni aun satisfacer la curiosidad de verla; y la verdad que no comprendo por qué puedan temer que le hable yo, que soy una señora, á quien por mas que diga la extranjería, es imposible que la loca equivoque con el capitán de húsares.

El motivo que Doña Anita no comprendía hubiese para prohibir que nadie viese á la jóven que estaba bajo su custodia, lo debe conocer el lector.

La jóven de que se hablaba, era Luz, á quien el doctor, como ya vimos en otro capítulo, habia encerrado allí con objeto de realizar sus íncuos deseos.

Luz, pues, no estaba loca; pero era preciso hacerlo creer así, para evitar que se la viese, y aun se le mudó de nombre con objeto de que nada se sospechase; y solo por este medio se pudo haber conseguido

tener desorientada la refinada malicia de la antigua mercachifle.

—Pero veo—dijo ésta despues de otro rato de conversacion—que le estoy á vd. quitando el tiempo, mi alma.

—Nada de eso:—contestó Elisa:—Por el contrario, tengo mucho gusto....

—Sí; y ademas yo tengo bastante que hacer. He dejado á mi amiga Crucecita cuidando un rato la puerta; y no quiero, pues soy toda una señora, abusar de su bondad. Adios.

Y la antigua mercachifle se fué, dejando abismada en un mar de tristes reflexiones á la infeliz Elisa.

—¡Cielo santo!—Exclamó la afligida esposa de Diego al verse sola y olvidándose de la jóven presa, por tener fija su atencion en Clotilde:—¡Está en peligro la vida de mi querida Clotilde, de mi favorecedora, de mi amiga! ¡Oh! si es cierto, yo iré á su casa, veré á D. Emilio, le diré cuanto es preciso decirle para que desista del loco empeño de unirla á Duval, y desistirá, sí, desistirá; estoy segura de ello: el sentimiento y el do-

lor me prestarán su elocuencia para con-  
 moverle, y Clotilde no morirá; antes reco-  
 brará su salud, se unirá al hombre que ama  
 y me deberá su felicidad. Sí; mi obligacion  
 es procurársela por todos los medios que  
 estén á mi alcance: es un deber de concien-  
 cia, una justa compensacion de lo mucho  
 que padece en el mundo por mi causa.  
 Por mi causa, sí; porque yo sé el misterio  
 de su nacimiento, y no he querido comuni-  
 cárselo á nadie, ni á la persona que, á sa-  
 berlo, le hubiera hecho feliz para siempre:  
 habia jurado bajar con el secreto á la tum-  
 ba; pero guardarlo para causarle la muerte,  
 cuando descubriéndolo puedo hacerla ven-  
 turosa, seria un crimen que no me perdonar-  
 ia Dios! A quien temo es al doctor Willey;  
 porque si me hallase allí y llegase á sospe-  
 char. . . . ¡Oh! ese papel que está en su po-  
 der y con el cual me ha amenazado varias  
 veces, seria entonces una arma terrible!  
 Pero no, nada descubrirá, ni la misma Do-  
 ña Inés llegará á saber que he proferido la  
 menor palabra, porque yo se lo exigiré así  
 á D. Emilio.

Y Elisa quedó abismada en sus pensa-  
 mientos.

La noble idea de salvar á Clotilde, preo-  
 cupaba de una manera absoluta su agitada  
 mente.

¡Cuándo debía presentarse á D. Emilio  
 para revelarle el secreto, sin que la hermo-  
 sa Inés ni el doctor advirtiesen su llegada?

Estó es lo que ella misma no sabia.

En aquel momento marcaba el reloj de  
 la parroquia las once de la noche, y la es-  
 posa de Diego, sin atreverse á resolver de-  
 finitivamente nada, se dirigió á su alcoba  
 para descansar de las penas y emociones  
 de aquel dia.